

ciado, primero por holandeses y austríacos y posteriormente por ingleses, aunque en el norte de Mozambique la ocupación fue alemana. Sin embargo, el verdadero conflicto internacional apareció durante la década de los setenta cuando Gran Bretaña inició un plan de expansión colonial que desequilibró la presencia europea en África. La lucha de intereses desembocó en la Conferencia de Berlín de 1885 en la que Europa se repartió el territorio africano y obligó a Portugal a mandar tropas y funcionarios a los espacios que consideraba suyos.

En 1887 se presentaba en la Cámara de los Diputados de Lisboa un mapa del África meridional portuguesa en el que aparecían unidos Angola y Mozambique al establecer una franja territorial –coloreada en rosa, por ese motivo el mapa adoptó el nombre de *Mapa Cor-de-Rosa*– que atravesaba Zimbabwe, Malawi y Zambia, enclaves en aquel momento de interés británico. Para llevar a cabo su proyecto de unión, Portugal envió a la zona ingenieros, burócratas y militares y empezó a organizar su estrategia de ocupación territorial, pero el 11 de enero de 1890 Lord Salisbury elevó un *ultimátum* al gobierno portugués en el que exigía la retirada inmediata –en veinticuatro horas– de la presencia portuguesa en la región. Ante la inminente ruptura de las relaciones diplomáticas y la eventual amenaza de guerra, Portugal abandonó rápidamente la empresa. Empezó entonces un juego de tratados internacionales que encendieron la opinión pública portuguesa y originaron una tensa etapa en la que el disgusto social y el sentimiento de humillación adquirieron un gran protagonismo. La lucha de intereses y la amoralidad de los acuerdos políticos, junto a la denuncia de la sangría que suponía mantener la presencia en África para un país pobre como Portugal, ofrecieron un rico y tenso debate que, desde la literatura, Eça de Queirós supo aprovechar. El personaje João Gouveia, de gran influencia sobre Gonçalo Ramires, representa a un sector de la opinión pública –y al mismo tiempo recuerda el tono de la carta queirosiana enviada a Pinheiro Chagas– que defiende el abandono de las colonias para concentrar los esfuerzos en el propio Portugal: [...] «porque también él, si fuera del Gobierno, ¡vendería Lourenço Marques o Mozambique y toda la costa oriental! [...] todo propietario de tierras lejanas que no pueda valorizar por falta de dinero o de gente, las debe vender para arreglar su tejado, estercolar su huerta, poblar su corral y fomentar el terruño que pisan sus pies»². Y al final de la obra su opinión será todavía más contundente: «Tengo horror a África. Sólo sirve para darnos disgustos. [...]. África es como esos huertecillos en lo alto del monte que la gente hereda de una tía vieja, en una tierra inculta,

² Queirós, *Eça de. La ilustre casa de Ramires. Barcelona, Planeta, 1989, pp. 30-31.*

lejana, donde no se conoce a nadie, donde ni siquiera se encuentra un estanco; habitada tan sólo por cabreros [...]»³.

Sin embargo, además de las claras alusiones al conflicto africano, el discurso del novelista portugués irá mucho más allá de la simple denuncia de la hipocresía política, el sentimiento de vergüenza que causaron a la sociedad portuguesa las decisiones del gobierno o la hipoteca que representaba la manutención de las colonias. Tampoco se limitará a caricaturizar las gestiones en política internacional portuguesa ni a destacar la patética lucha entre *históricos* y *regeneradores* en el ámbito de política interna. Eça de Queirós, aprovechando la resaca del *ultimátum* inglés, elaboró una atinada metáfora de las flaquezas de Portugal en la figura del último de los Ramires. Junto al Portugal orgulloso y arrogante que vive de sus conquistas pasadas aparece el sumiso y dócil Portugal que se doblega ante la amenaza exterior. Gonçalo es tiránico y feudal con los que considera tener por debajo pero mantiene una actitud manifiestamente interesada y adulatora con aquellos de los que espera obtener algo. En este sentido, podría decirse que *La ilustre casa de Ramires* es una novela revisionista y realista de la historia de Portugal, del lastre que ejerce su pasado y de la inestabilidad moral de su presente en la segunda mitad del siglo XIX. La novela es también una denuncia del fracaso del discurso político regenerador así como una afirmación del estado de decadencia en la que se encuentra el país a finales de siglo. Tras haber perdido la India y haber vivido la independencia brasileña, Portugal entra en una etapa de gran efervescencia de las campañas coloniales en África y proyecta en ellas sus esperanzas imperialistas; en contraste, como lacerante ejercicio de autoanálisis, Eça de Queirós justifica en *La ilustre casa de Ramires* la decadencia de Portugal –un tema abordado años antes, 1871, por Antero de Quental⁴ y recuperado desde la historiografía por Oliveira Martins en *Portugal Contemporâneo*– y escribe una novela que quiere reflexionar sobre el sentimiento de humillación que impregna la sociedad portuguesa finisecular. La polémica la presenta Gonçalo Mendes Ramires, defensor de la explotación de África para salvar y enriquecer a Portugal, frente al alcalde João Gouveia, partidario de la modernización del país. También será Gouveia el que confirme al final de la novela la clave interpretativa que el lector debe aplicar al texto: Gonçalo es una alegoría de Portugal, el retrato simbólico, crudo y censurable, de la patria. Un decadente aristócrata, cortés y delicado pero también orgulloso, cobarde e indigno.

³ Queirós, *Eça de*. Op. cit., pp. 327-328.

⁴ *Su intervención en las Conferências Democráticas do Casino llevó el título de «Causas da decadência dos povos peninsulares nos últimos três séculos».*